

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 31 de

Enero de 1889.

Precios de Suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripción

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—¿Quién es mas feliz?—Diálogo entre dos animales.—Reflexiones y recuerdos.

¿QUÉ TAN FELIZ ES EL MAS FELIZ?

I.

Muchas veces me he hecho esta pregunta, y hasta hace pocos días no me había dado contestación satisfactoria; porque he tratado á varios hombres notables á quienes la generalidad considera felices, y todos ellos en su trato íntimo han demostrado, sin dejar lugar á la duda, que eran muchas más sus horas de pesar que sus momentos de alegría.

Tuve ocasión años atrás de tratar con alguna intimidad á un gran político, á un elocuentísimo orador: cuando hablaba en el Congreso, el palacio de las Cortes era pequeño para contener á la multitud, que, no pudiendo de buen grado, quería entrar á viva fuerza en el templo de las leyes para oír la palabra de un hombre, que solo á su talento debió el llegar á ser presidente del consejo de ministros más de una vez, convirtiéndose en árbitro de los destinos de la nación española. Pues bien, aquel hombre que llegó á ser necesario en las primeras esferas del Estado, que habitaba en un palacio, que para hablar con él se necesitaban valiosísimas recomendaciones; aquel hombre..... no era feliz; estaba muy lejos de serlo: me convencí de ello una tarde que, hablando con él, me decía sonriendo con amargura:

—Créame usted, amiga mía; cuando estoy en el poder, no me preocupa más que un pensamiento: de que manera podré descender de mi olímpica altura sin recibir una grave lesión en mi organismo. El aplauso popular no me engríe ni me enorgullece; el enojo del vulgo (que no es otra cosa que el murmullo de la impotencia,) no ha conseguido nunca entristecerme. La vida política es para mí una necesidad, por dos motivos á cual más poderosos: primero, porque soy inmensamente desgraciado; segundo, porque no poseo bienes de fortuna, y á la altura á que se han colocado las exigencias sociales, con el producto de mi carrera de abogado no podría atender á las atenciones de mi familia, que, sin ser muy numerosa, está en cambio muy mal acostumbrada.

—Entonces usted no siente nada por su patria.

—Los disgustos domésticos y las ingratitudes de los *amigos* han secado la sávia de mi corazón, y solo queda en mí sensibilidad para querer á mis pobres hijas: las quiero con toda mi alma, y sus miradas son las que me alientan para sostener la lucha titánica que vengo sosteniendo entre los imbéciles de abajo y los envidiosos de arriba.

—Entonces dista usted mucho de ser feliz.



—¡Ay! amiga mia, la felicidad está tan por encima de mí, que estoy segurísimo que, aún cuando yo tuviese las alas de águila, nunca la alcanzaría.

—¿Y no sueña usted con ella?

—Muchas veces. Mi sueño dorado es una casita en las cercanías de Londres, donde vivieran mis hijas casadas y felices, y yo rodeado de un enjambre de nietos, convertido en maestro de escuela, les enseñara todo cuanto aprendí en mi infancia; pero eso es imposible, lo sé; lo presiento; mi sueño no se realizará.

Y, efectivamente, no se realizó: el ex-presidente del Consejo de ministros murió en el destierro sin haber llegado á ser el preceptor de sus nietos.

II.

También conocí á uno de nuestros mejores poetas, en momentos en que celebraban grandes fiestas en honor suyo, en los preciosos instantes en que sus muchos admiradores le ofrecían un testimonio de su noble y entusiasta admiración: y mientras los unos entonaban dulces cantares y los otros concluían de adornar el salon del banquete, el poeta, retirado en una magnífica biblioteca, hojeaba maquinalmente algunos volúmenes y me indicaba su opinión sobre varios autores.

Yo le miraba, y por mas que queria encontrar en su rostro el destello del contento, el reflejo de la alegría no le iluminaba; y queriendo convencerme de lo que sospechaba, le dije así:

—Voy á pedirle una confesión.

—Mucho pedir es, señora; sin embargo, me precio de galante y estoy dispuesto á complacerla.

—¿Ha sido usted alguna vez feliz?

—Jamás, señora.

—¿Es posible.....!

—Y tan posible.

—Habiendo penetrado tantas veces en el templo de la gloria, ¿no ha sido usted dichoso?

No, señora, porque esa gloria no la he creído merecida. ¿Qué he hecho yo para alcanzarla? ¡Escribir renglones cortos y largos!... La humanidad, señora, suele premiar al menos acreedor; así que sus aplausos las mas de las veces solo me causan risa. Los hombres son niños que hasta ahora solo han sabido romper juguetes; y entre chiquillos, créame usted, se vive muy mal.

Interrumpieron nuestra conversación varios de sus admiradores, y siguió el curso de la fiesta dada en honor de un hombre que se mofaba del entusiasmo que producían sus escritos.

III.

Cierta noche, en una gran reunión, hablé con una joven hermosísima, á quien al parecer todo sonreía. Sus padres la contemplaban extasiados: dueños de inmensas riquezas, rodeaban de un lujo deslumbrador á su hija, asediada de mil rendidos adoradores que esperaban como un presente del cielo una de sus encantadoras sonrisas.

La noche á que me refiero, mientras la bella joven tenía á su alrededor un enjambre de galanteadores, volvióse á mí diciéndome con voz dulcísima:

—Si usted quisiera, daríamos una vuelta por los jardines, y así me evitaría desairar á nadie. Y añadiendo en voz alta que el calor la fatigaba, salimos ambas del salon.

Al verse en el jardín, respiró libremente, y apoyándose en mi brazo me dijo:

—Vamos á aquel bosquecillo y así estaremos mas tranquilas.

Nos sentamos, y estuve contemplando á mi encantadora compañera haciéndome mi pregunta de siempre: ¿Si ésta mujer será feliz? Veámoslo.

—¿Qué dichosa es usted; ¿no es verdad?

—Ciertamente no debería conceptuarme desgraciada, porque mis padres me adoran; mis hermanos no saben que hacerse conmigo; soy rica; todos me agasajan y me celebran; pero mi primo Luis, el compañero inseparable de mi infancia, al que siempre, sin darme yo cuenta de ello, he amado, se va á casar con una muchacha fea y pobre, y ese casamiento creo que me costará el juicio ó la vida. Ya ve usted: quien diría que teniendo tantísimos adoradores, nunca me ha dicho nada el único hombre que yo he amado! Mientras todos me juzgan dichosa, soy profundamente desgraciada. ¡Qué me importa ser bella, si, con toda mi belleza, mi primo Luis se ha enamorado de otra!.....

.

Tampoco aquella hermosa niña era feliz.
¿Dónde podría encontrar, pues, la felicidad?

IV.

Hace pocas semanas vino á verme un hombre del pueblo, vestido decentemente: en su rostro se traslucía algo distinto que en el semblante de los demás: su frente y sus ojos irradiaban esa dulce serenidad que los buenos pintores imprimen en la faz de sus santos, y su sonrisa era tan dulce y tan risueña la expresión de su fisonomía que le pregunté, casi adivinando la respuesta.

—O mucho me engaño, ó es usted feliz: lo es en realidad?

—Sí, señora; y más de lo que usted puede imaginarse.

—Y como ha conseguido ser dichoso? Qué ha hecho para serlo?

—Pues nada de particular. A los seis años me puso mi padre de aprendiz en casa de un sombrerero, y allí estuve más de veinte años: mis amos me querían más que si fuera de la familia: después me casé; me establecí, y mi mujer y mis hijas se miraban en mí como en un espejo: murió mi esposa, casóse una de mis hijas, yo cumplí sesenta años, y como el trabajo me pesaba un poco, vendí la tienda, saldé todas mis cuentas, quedé en paz con todo el mundo, y me dije á mí mismo: Y ahora ¿qué harás de tu persona? Aun eres fuerte y puedes trabajar en algo que no exija estar todo el día en un taller. Y pensando, pensando me acordé de los enfermos que gimen en los hospitales y exclamé: qué mejor cosa puedo hacer que dedicar los últimos años de mi vida á consolar á mis semejantes? Yo había tenido la costumbre de visitar muchos domingos los hospitales, prefiriendo el hablar con los pacientes á la mejor función de teatro; así es que pretendí una plaza de enfermero en el hospital de Santa Cruz, y hace mas de un año que consagro mis días al bien de mis hermanos. Muchos son los enfermos que han muerto en mis brazos bendiciendo mi nombre; muchos los niños que me llaman para que les cuente cuentos, y como un padre cariñoso los entretengo y los halago para que tomen sin repugnancia las más amargas medicinas, y siempre que sus miradas de gratitud se fijan en mí, siento un placer inexplicable. Ser útil á sus semejantes me parece á mí que es la misión del hombre. Las noches las paso en vela, pero, cuando me acuesto por la mañana, estoy tan contento de mí mismo, que me duermo con tanta tranquilidad y reposa mi cuerpo con tanta satisfacción que me despierto al medio día tan ágil y tan fuerte como si tuviera treinta años.

Quando algunas veces al oscurecer me entrego á recordar los hechos de mi vida no encuentro uno solo que sea digno de reprobación. Yo he querido á todos cuantos

me han rodeado; he obedecido con verdadero respeto á mis superiores y protegido desinteresadamente á mis inferiores; he amado á mi esposa con adoración lo mismo que á mis hijas; y espero la muerte sin temor ni deseo, porque teniendo la conciencia tranquila, en todos los parajes ha de encontrarse bien el espíritu. Convencido de la supervivencia del alma, tengo la íntima seguridad de que despertaré en el espacio, no diré que entre los esplendores de la gloria, pero sí con la misma paz y sosiego que hoy disfruto. El que ama, no puede esperar ni ódios ni rencores. En fin, que puedo asegurarle que toda mi vida he sido feliz, porque siempre he cifrado todas mis aspiraciones en procurar el bien de mis semejantes.

¡Qué impresión tan agradable experimenté al escuchar el sencillo relato de aquel hombre humilde! Si la envidia tiene cabida en mi corazón, en aquel instante me hizo sentir sus efectos, pues miré á aquel hijo del pueblo y murmuré con melancolía; ¡quién fuera como él!

V.

Poco tardé en poder apreciar en todo su valor la narración del enfermero, leyendo unas frases atribuidas á Bismark, que las pronunció, según dice el señor Busch, una noche en Varcín en 1877. El gran diplomático se quejaba amargamente de su destino diciendo «que su actividad le había valido poca satisfacción y aun menos amigos. Nadie le quería por lo que había hecho: con ello no había hecho feliz á nadie, ni á sí mismo, ni á su familia. Alguien le replicó que había hecho feliz á una gran nación, y entonces él añadió: «Está bien; pero, en cambio ¿cuántos he hecho desgraciados? Sin mí, no se hubieran realizado tres grandes guerras; no habrían perecido ochenta mil hombres, no quedarían sumidos en la desesperación tantos padres, madres, hermanos, hermanas, viudas..... He pasado cuentas de todo ello con mi Creador, y he cosechado poca ó ninguna alegría de mis hazañas; nada más que hastío, inquietudes y penas.»

¡Qué lección encierran estas palabras para los conquistadores y los autócratas!

¡Cuánto más dichoso es el hombre humilde que ha consagrado los últimos años de su vida en bien de sus semejantes!

El nombre del Principe de Bismark quedará escrito en mármoles y en bronces; el del pobre enfermero quedará grabado solamente en la memoria de sus hijas y en la de algunos jornaleros que durante sus noches de fiebre hayan reposado su cabeza sobre el pecho de aquel verdadero hermano de la Caridad.

Me he convencido de que el hombre más dichoso es el que hace mas bien á la humanidad; el que, al pasar revista á todos los actos de su vida, puede decir con verdad: Nadie por mi causa ha derramado una lágrima.

.
.

Dichosos aquellos que siembran en todas las estaciones la bendita semilla del amor; porque recolectarán abundante cosecha de dulce paz en la tierra y en los innumerables mundos que navegan en las inmensidades del infinito.

¿Quién es más feliz?

El que cumple con todos sus deberes; el que practica el bien por el bien mismo.

Amalia Domingo Soler

DIÁLOGO ENTRE DOS ANIMALES

Jokó piensa contemplando el cielo azul y la bella y exuberante naturaleza de Pondichery: reflexiona, y habla así á un elefante monstruoso, nombrado Rioumi, su fiel amigo.—Dicen que eres un sábio, pero que diferencia de aspecto y de facultades entre nosotros dos, yo muy pequeño, observador y con la agilidad por norma, puedo encaramarme con presteza sobre tu cabeza, trepar ó saltar de un árbol á otro, subir ó bajar siempre que se me antoje, soy un atolondrado. Tú al contrario, eres enorme: tu masa imponente te permite cargar un monumento, tu trompa lo mismo arranca un árbol de raíz, como coje una pequeña flor: tu pié ancho y fuerte aplastaría un mono veinte veces más grande que yo, y tu fuerza hasta asombrosa por cierto, se encuentra secundada por una inteligencia notable, todos lo confiesan. ¿Comprendes querido filósofo el porqué de esta diferencia entre nosotros dos?

Rioumi.—Al crearnos Dios ha manifestado su poder: la variedad de especies de animales y vegetales, constituye la armonía en nuestro planeta. Me has dicho que eres pequeño, y sin embargo, aún los hay que lo son más que tú; y eso que no tomo en cuenta los infinitamente pequeños. Soy grande, pero lo soy menos que un árbol y que una montaña: la montaña nada compone si se la compara con el volúmen sobre la que está incrustada, y vista de lejos parecería un grano de arena sobre la superficie de un fruto. La tierra misma, según comprueban nuestros sabios, parecería un átomo imperceptible si cayera sobre la superficie del sol que nos alumbra.

Jokó.—Dime entonces; ese que tu llamas Dios, que ha debido formar la tierra, los árboles, los frutos, los animales y los hombres: como es su forma? Será más grande que tú millares de veces?

Rioumi.—Dios es un gran espíritu fuerte que Él anima todas las cosas que existen sobre la tierra, lo mismo que en el cielo donde giran las estrellas: es impersonal no tiene forma determinada; como así podemos afirmarlo: es el principio activo, infinito, que llena el Universo infinito. Aquel por quien todo es vida y movimiento y por quien nada se hace que no tenga su razón de ser.

Jokó.—Te escucho con atención, mi viejo amigo pues me enseñas á discurrir y meditar. Como sabes tú, tan bellas y grandiosas cosas?

Rioumi.—Pero tú mismo sabes mas que una infinidad de otros monos camarada; y sin embargo tu cuerpo es semejante á los suyos: lo que os diferencia es la ciencia, la reflexión, la sabiduría, y todo esto no viene de una sola vez: es preciso adquirirlo viviendo muchas veces: eres un mono que has debido tener varias existencias sobre la tierra, y habiendo adquirido experiencia puedes presentarme cuestiones precisas: En mi especie la vida es larga, se sufre, se ama, se vé morir á los ancianos y esto hace que se observe y se medite y despues que mis padres me han transmitido su saber. Los hombres como no comprenden nuestro lenguaje nos consideran mas bestias de lo que somos en realidad; y sin embargo tenemos una buena dosis de razón y de justicia aquí entre nosotros los que constituimos la familia de elefantes.

Jokó.—¿Es acaso muy grande la tierra? Me dices que Dios principio activo, es infinito, y llena el Universo infinito. Qué es el infinito? Si yo anduviera durante ocho días, llegaría al fin de la tierra?

Rioumi.—La tierra no tiene fin porque es redonda y hace su rotacion sobre si misma en veinte y cuatro horas: tiene diez mil leguas de circunferencia. Está alumbrada por el sol al rededor del cual da la vuelta en 365 dias, y cuando vemos que llega la noche es porque la parte de tierra sobre la cual se estiende la sombra, está en el lado opuesto al que el sol calienta y alumbra. Al dar la vuelta nuestra tierra al rededor del sol se acerca mas ó menos á ese astro, lo que marca la diferencia de las estaciones representadas por la primavera, el estío, el otoño é invierno. Además hay otros planetas que giran al rededor del sol, y nuestro propio sol gira al rededor de otros soles infinitamente mas voluminosos que él, y esto á distancias tan matemáticas que sorprenden la imaginacion. Ya te explicaré mas tarde lo que es el infinito.

Jokó.—No puedes figurarte la dicha que experimento al escuchar las explicaciones que me haces de estas cosas tan maravillosas y grandes. Me dirás un dia por que no caemos hallándonos sobre una bola redonda que gira sobre sí misma y al rededor del sol y por que no somos lanzados á distancias por su movimiento tan rápido de traslacion. Solo un mecánico sublime principio activo y único Dios pudiera crear las maravillas que tu enseñas. Los hombres sabios deben pues amar á ese Dios, inclinarse ante Él con frecuencia y por medio de sus buenas obras darle gratitud por haberles permitido comprenderlo sobre todo, y sin duda alguna tratar de imitarlo por medio de su bondad, su inteligencia, y su saber.

Rioumi.—Los hombres son variables y diferentes de su semejante: unos pasan el tiempo bebiendo licores que los embriagan: muchos viven en el libertinaje y la disipacion: otros no piensan jamás en el sublime Obrero de los mundos, porque creer en el principio activo que los ha creado les parece inútil y hasta molesto. Tambien los hay que son muy sabios que profesan el ateismo; es decir, que para ellos no existe mas que la materia bruta. Como si el principio activo que llena el infinito no se hubiera servido del principio pasivo compuesto de hidrójeno, de azoe y de carbono para formar todos los cuerpos plásticos, incluso el cuerpo del hombre, instrumento perfecto que el principio activo ha preparado para poder manifestarse mejor sobre la tierra.

Jokó.—Todo, esto, es evidente; porque en cuanto á nosotros bipedos y cuadrúpedos, Dios, principio activo no puede manifestarse sino de una manera imperfecta.

Rioumi.—No es solo la materia bruta lo que impulsa el Universo. Existen los cuerpos plásticos que son movidos y transformados por la materia activa, si lo prefieres, por el grande Obrero. Los sabios dicen que no lo han visto jamás, pero el estudio y la investigacion se los demuestran superabundantemente.

Jokó.—Al pequeño mono todo esto le ha de parecer una insensatez, y yo no paso de ser un ignorante; pero mirando el cielo y la tierra, estudiando y meditando, es como se obtiene la prueba de que un motor intelijente ha debido preparar un plan para la creacion, pues todo es armonía en este plan del Universo, que ha recibido, y recibe su ejecucion cada dia.

Rioumi —Verdaderamente que hay un placer positivo en instruirte pues sabes escuchar y tu sentido es recto, admiras la reglamentacion tan sábia de todas las cosas y esto me complace y sabe pues que nuestros antepasados, hay millares de años tenian resuelta científicamente esta cuestion esencial del principio racional de todas las cosas. Tu entusiasmo de neófito me ha hecho olvidar que debo completarte mi opinion respecto del proceder de los hombres hácia Dios ese grande Obrero y gran Arquitecto de los mundos; si los hay que son ingratos, otros

hay que piensan de diferente manera y lo honran conformando sus actos y sus palabras á la ley de justicia dispuesta por Dios principio activo.

Jokó.—Tu me tranquilizas amigo sobre el buen sentido y la lógica de los hombres.

Rioumi.—Déjame concluir impaciente joven, los que honran á Dios como yo lo comprendo, creen en otra vida y están convencidos de que el hombre llegará poco á poco á la perfección reencarnándose despues de la muerte del cuerpo varias veces sobre esta tierra, para aprender y saber mejor el porque de la vida, ó bien renaciendo en otros mundos mas avanzados que el nuestro. El progreso es infinito y eterno como que el principio activo no podía haberlo hecho de otra manera como lo exigen absoluta y fatalmente su lógica y su naturaleza.

Jokó —Piensas tu Rioumi que progresando en esta vida en el estado de mono puedo merecer despues de la muerte de mi cuerpo, renacer en el cuerpo de un elefante para animarlo con inteligencia como lo haces tu con la prueba que ahora me estás dando?

Rioumi.—Dispuestos la voluntad y el espíritu, el amor á la justicia siempre mas grande entre nosotros dan al alma rudimentaria el derecho de subir todos los escalones de la vida, lo que llega á la inteligencia no se pierde nunca, y como el principio activo no ha hecho nada inútil, todo progresa fatal y lógicamente: por consiguiente despues de una série de transformaciones, el mono como el elefante adquieren el derecho de componer parte de la humanidad.

Jokó.—Esto sería para mí el colmo de la felicidad lo espero, pues eres un verdadero sabio.

Rioumi.—No solamente lo espero, sino que todo me dice que tenemos la seguridad de alcanzario. Sufrimos, gemimos, sin cesar, y el dolor purifica el carácter, lo engrandece, le abre á las mas nobles concepciones sobre la vida eterna, Dios grande Arquitecto siendo fatal y lógicamente justo, no tiene mas que una regla y una ley que no puede excluir del progreso en la escala animal á los seres como nosotros, que ya los filósofos reconocen como sus hermanos menores.

Jokó.—La esperanza de que estas concepciones lleguen á realizarse me maravilla y consuela. Mi admiracion por el principio que todo lo inspira no tiene límites, me inclino, pienso, ruego y ¿como se debe rogar mejor para ser oido?

Rioumi.—La forma, á nada conduce: medita con inteligencia y segun la razon: que si todo, brota de un corazon y de un espíritu inteligente y bajo el impulso de la voluntad, el pensamiento de un pequeño como tú, y de un mónstruo como yo se eleva igual y magnéticamente hácia el Dios de la conciencia, de la razon y del verdadero saber.

Jokó.—A partir desde hoy meditaré cada noche acerca de los actos del dia: fría, sencillamente, con el espíritu de sabiduría, me haré justicia, orientando cada dia de mi vida hácia el bien y al amor de mis semejantes y hácia la justicia que es inmanente en cada cosa. Y ojalá que mi ejemplo sirva á la raza que pertenezco, me desencarnaré lleno de satisfaccion, pues mi tránsito en esta última prueba no habrá sido inútil! Modestamente como pequeño personaje que soy, habré contribuido á dar luz sobre sanas y fortificantes verdades, y probado como siempre que los pequeños han hecho algo con lógica, todo lo que es verdaderamente grande. Al mismo tiempo, habré rendido un homenaje de gratitud merecido á Dios que es el principio activo, ó el grande Obrero, ó el sublime Arquitecto, al Dios de la lógica y del buen sentido, llámesele como se quiera.

H. GARIMOND

Traducido por ENRIQUETA.

(De la Revista francesa.)

REFLEXIONES Y RECUERDOS

¿Qué es la vida? Una lucha incesante por el bien moral y material, fase por la cual pasa el espíritu para la adquisicion de grandes y trascendentales conocimientos que le suministra la experiencia, para gozar y sufrir dentro de ella; mo-

tor esencial del saber el es desengaño que se aprecia con él análisis para sacar de la parte real de una lección que nos conduce á la vía recta de la justicia; Justicia, Amor, destellos divinos que hoy deslumbran sin que se puedan apreciar en toda su pureza. El sufrimiento es el crisól que nos depura amarga medicina que cura el alma, fuego sagrado que nos anima á pensar filosóficamente en los enigmas de hoy para explicarnos el ayer y envolvernos en una dulce esperanza, y esta esperanza es mas pura cuando el sufrimiento es mas intenso. Estas reflexiones que llegan á mi me recuerdan un dia feliz que estando al lado de mi querida amiga Clara, escuchando las notas que se escapaban de su alma; contemplando este génio que se encuentra en prueba, artista de corazón y de inteligencia yo decia: ¿quién fuistes ayer? que hoy dejas ver en tus delicados sentimientos y en las melodiosas romanzas que entonas el ¡Ay! del trovador contrariado, y el quejido angustioso que nace de la lucha amarga en que te envuelves, si, ¿quién eres que la luz que brilla en tus ojos me dice la noble aspiración que te guía en el horizonte de las creaciones que bullen en tu cerebro? ¿Me acuerdo de aquel dia que llena de entusiasmo me decia su alma: «oye Concha, oye, la inspiración que he tenido y oí con amor lo que sencilla me espresaba y así decia:

«¿Qué es la vida?
sueño amargo
donde solo desengaños
el alma suele encontrar.
¿Qué es la muerte?
un paso más
donde el alma sonriente
se encuentra con la verdad.»

Si, sueño amargo es tu penosa existencia y mas porque tu investigador espíritu apercibe con rapidez las impresiones, y en medio de ficticias alegrías sufres resignada desepciones que te postran en el desconcierto: pero una potente influencia te reanima y envolviéndote en sus caricias te hace soñar despierta con una esperanza; si, sueña para despertar en la realidad. Tu espíritu amante de lo bello se asfixia en las emanaciones groseras de superficiales materialidades que empuñan y rebajan la inteligencia: tu espíritu necesita para vivir en su centro, mecerse en la estética que es la atmósfera en que tu bien respiras; cuando yo veia que adivinabas mis deseos y que tu corazón hablaba por tus puros labios, una dulce melancolía saturaba mi sér, por que presentia lo poco comprendida que habias de ser y lo mucho que habias de sufrir; que instantes tan agradables pasé á tu lado!... tal vez algun escéptico al oír nuestras conversaciones hubiera exclamado en tono enfático y burlon: «Hé aquí dos soñadoras envueltas en un romanticismo perjudicial», pero una luz que iluminaba nuestro pensamiento la de él génio de la poesia. nos hacia verlo todo bajo un prisma encantador. Bendita esa poesia que en medio de nuestras amarguras nos alienta, y sin ser poetas gozamos contemplando las flores y al niño que nos acaricia y los pájaros que con sus trinos regalan nuestros oídos y tenemos momentos en que nos embarga el placer mas dulce; el de la armonía que encierra la naturaleza. En medio de nuestras miserias somos ricas de esperanzas, por que como tu decias, la muerte es la realidad y placer del alma.

Con la rapidez del pensamiento mi espíritu pretende en sus emancipaciones, verte, y sufre cuando te vé sufrir, pero una luz que brilla é irradiá en él me dice: «ella sabe sufrir como sabrá gozar de las grandes bellezas que se presentarán ante su investigador espíritu al llegar al infinito y comprender el por qué de sus penas de hoy; sublime es la vida del espíritu cuando ya sonríe por que triunfó, y vé el cuadro de su pasado que con heróico valor sufrió para con suma alegría gozar en la victoria que para tu espíritu desea

CONCHA CURIEL FLORES